

AGENDA CIUDADANA

UN SISTEMA SIN CAPACIDAD DE APRENDER

Lorenzo Meyer

Un Enigma.- Hay veces que la definición que dio Winston Churchill del sistema político soviético le queda pintiparada al mexicano: "un enigma envuelto en un misterio". En efecto, el Ejército Popular Revolucionario (EPR) que hace unos días hizo su primera aparición en Aguas Blancas, Guerrero, bien puede ser una guerrilla de izquierda *bona fide* --en la zona no faltarían razones para ello--, pero también pudiera ser lo que sospecha el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas: una invención del gobernador Rubén Figueroa para justificar sus acciones represivas pasadas y refrendar su utilidad futura al sistema. Finalmente, el EPR puede resultar ni lo uno ni lo otro sino un simple grupo de delincuentes comunes, de gavilleros, como se insiste en algunos medios gubernamentales.

En México hoy todo y nada puede ser en materia política. Puede haber una reforma electoral efectiva o una parálisis total; puede iniciarse el ataque a fondo contra la corrupción institucionalizada o simplemente hacerse una colección de anécdotas en torno al tráfico de influencias de Raúl Salinas. Hay la posibilidad de llevar a juicio a un gobernador o darle un nuevo abrazo presidencial. Se puede empezar la discusión a fondo del modelo económico imperante o simplemente reafirmar su vigencia. En fin, el EPR puede ser una reacción extrema de los humillados de siempre o la estrategia de un cacique para crear su propia demanda o cualquier cosa entre esos dos extremos. Sea lo

que fuere, la aparición del nuevo grupo armado en el revuelto mundo del poder mexicano y la reacción que ha producido --rumores, especulación, desplazamiento de tropas, retenes, cautela de inversionistas, etcétera-- son indicadores del grado avanzado de descomposición del subsistema político de Guerrero en particular y del mexicano en general.

Un Sistema que Perdió su Inteligencia.- El profesor Karl W. Deutsch (*Los nervios del gobierno*, 1963), dedicó una buena parte de su vida profesional al análisis del proceso político desde la perspectiva de los modelos cibernéticos y la teoría de los sistemas. Una de las propiedades de esos sistemas que más atrajo la atención del teórico fue su capacidad --y necesidad-- de aprender e innovar para mejorar la relación con su entorno, para disminuir los peligros y maximizar las oportunidades de lograr sus objetivos centrales. Sin embargo, y si Deutsch hubiera tenido la oportunidad de examinar la vida mexicana actual, quizá lo que hubiera llamado su atención sería la notable voluntad de los responsables del gobierno de no usar la capacidad de aprender e innovar a su disposición.

Su negativa a actuar de manera que no se vuelvan a cometer los mismos errores del pasado, está haciendo del mexicano un sistema político tonto. Lo que ha sucedido en los últimos años en Guerrero constituye un ejemplo extremo de la incapacidad de la élite gobernante mexicana para evitar tropezar dos o tres veces con la misma piedra. Y el problema no reside en falta de información ni de memoria, sino en la ausencia de voluntad de combinar ambas, de aprender, y de actuar en consecuencia.

Para Deutsch, el proceso político se puede ver y explicar como uno donde la memoria del sistema clasifica y almacena los innumerables datos que se le proporcionan sobre la situación de su entorno --el nacional y el internacional en todos sus aspectos-- y los combina con las experiencias pasadas y el conocimiento de sus propias capacidades. De esta manera puede tomar decisiones que le permiten minimizar los costos y riesgos y maximizar los resultados de sus acciones. Un sistema sano, por tanto, es el que tiene la capacidad de corregir sus errores y de dar respuestas cada vez más complejas, sofisticadas y efectivas, a las demandas y presiones que surgen de su entorno. Desafortunadamente esto último no parece ser nuestro caso.

Lo que está sucediendo en México en el último cuarto de siglo, y sobre todo en los tres últimos lustros, permite afirmar que en su etapa actual, el régimen mexicano, específicamente su gobierno, ha perdido una buena parte de su capacidad y voluntad de aprender y cada vez está menos en control de las circunstancias y más a su merced. En realidad, nuestra historia más reciente bien podría ser tomada como un ejemplo de sistema que ya no puede echar mano de la información y la experiencia para interpretar los signos de los tiempos. Es por ello que no puede cambiar métodos, objetivos y valores para sostener la estabilidad y evitar la violencia y las soluciones catastróficas.

Guerrero como Indicador.- Lo que ha sucedido en Guerrero desde principio de los años sesenta hasta la aparición del EPR y su llamado "a la lucha democrática revolucionaria", constituye un buen indicador de que la memoria de sus errores ya no le sirven a

la clase gobernante para evitar repetirlos, y de que su capacidad de innovación y cambio prácticamente ha dejado de existir.

En el estado sureño el atraso económico y la miseria se han combinado desde hace mucho con la violencia y la inestabilidad. Desde que se formó esa entidad en 1849 a la fecha, únicamente siete gobernadores han podido concluir su período. Por otro lado, según los datos oficiales, en 1990 el 67.8% de la población ocupada de Guerrero reportaba ingresos que oscilaban entre apenas un salario mínimo y la nada --sin ingresos-- (Banco Nacional de México, México social, 1992-1993, 1993, p.306).

La guerrilla tiene raíces profundas en las sierras de Guerrero. Los episodios de insurgencia guerrillera anteriores al actual, tuvieron lugar entre 1963 y 1974, cuando dos movimientos que se iniciaron como oposición electoral fueron obligados por las autoridades a transformarse en resistencia armada: los comandados por los profesores Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas. Con esas guerrillas también llegó una represión brutal por parte del ejército, y que ha sido descrita magistralmente por Carlos Montemayor en su *Guerra en el Paraiso*.

El levantamiento de Genaro Vázquez Rojas fue originado por la cerrazón, por la obstrucción y la represión del Movimiento Cívico Guerrerense (MCG), que en 1962 postuló como candidato opositor a gobernador a José María Suárez Téllez. Tras una elección al estilo tradicional, el candidato del PRI --Raymundo Abarca Alarcón-- fue declarado vencedor. Los "cívicos" organizaron la protesta poselectoral por lo que ellos consideraron un fraude evidente. El 30 de diciembre, una

concentración de estos opositores en Iguala fue reprimida con un saldo de ocho muertos, 25 heridos y 200 prisioneros. La vía pacífica prácticamente estaba cancelada. En 1966 Vázquez Rojas formó al Consejo de Autodefensa del Pueblo y a raíz de ello fue encarcelado; dos años más tarde, justamente en abril del crucial año de 1968, el profesor guerrerence fue liberado por sus correligionarios a sangre y fuego. Así nació el guerrillero y se inició la actividad insurgente de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y, desde luego, la acción antiguerrillera del ejército. Vázquez Rojas murió en 1972 en circunstancias no aclaradas, probablemente asesinado, en la carretera México-Morelia.

La historia de Lucio Cabañas no es muy distinta. Como activista de oposición, Cabañas también encontró muy pronto que la vía electoral estaba cerrada; fue en mayo de 1967 cuando una matanza --nueve muertos-- puso abrupto final a un mitin opositorista que se celebraba en el patio de una escuela en Atoyac. A Cabañas se le culpó de lo ahí sucedido y al cabo de un tiempo un nuevo grupo guerrillero emergió en las serranías de Guerrero: el Partido de los Pobres. La persecución del ejército fue implacable, sobre todo cuando Cabañas secuestró a Rubén Figueroa Figueroa, candidato a gobernador. El maestro Cabañas murió en combate en el Ocotac en 1974.

Para acabar con Vázquez y Cabañas, y como lo muestra Carlos Montemayor, el Estado mexicano usó sin restricciones legales o morales todos los recursos a su alcance, que fueron muchos. Bajo los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría el concepto

de derechos humanos era uno carente por completo de contenido, especialmente en Guerrero. A diferencia de lo que ha sucedido recientemente en Chiapas, la prensa mexicana informó poco sobre lo que sucedía entonces en Guerrero, y el anticomunismo de la época hizo que la prensa extranjera ni siquiera mostrara curiosidad por lo que vio como una pequeña guerra sucia similar a muchas otras en el tercer mundo.

Una Memoria Inútil.- Lo sucedido en los sesentas y setentas en Guerrero debió de haber llevado a una estructura de poder inteligente no sólo a abrir caminos para que el ejército se desplazara con mayor velocidad sobre la quebrada geografía de la región, sino a algo más: a abrir la posibilidad de que los instrumentos no violentos de la política --los partidos, los votos y las urnas--, empezaran a construir una alternativa efectiva al pasado represivo de Guerrero; una alternativa a los caciques y el corporativismo. Desafortunadamente, cambiar en Guerrero mientras que el resto del país seguía estando controlado bajo el modelo de presidencialismo sin límites y partido de Estado, era sencillamente una imposibilidad.

Fue a partir de la insurrección electoral de 1988 que se abrió una posibilidad para que el sistema buscara su salvación poniéndose al día, modificando metas y procedimientos. Y efectivamente así lo hizo, aunque a regañadientes, en Baja California y en otros estados del norte y centro del país, donde aceptó que el PAN se transformara en una oposición cooperadora con responsabilidad de poder.

Sin embargo, en el Guerrero de Francisco Ruiz Massieu la oposición, que era el PRD, topó, de nuevo, con pared de cal y canto. En 1993, Carlos Salinas decidió entregar el estado a Rubén Figueroa; en la época de los modernizadores y la tecnocracia, en el sur mexicano la esencia y las formas del dominio siguieron antiguas, inmóviles, absurdas. En esas condiciones la matanza de perredista en el vado de Aguas Blancas el 28 de junio de 1995, no fue más que una de tantas y resultado lógico de la negativa de la élite en el poder a aprender e innovar. Lo mismo se puede decir del resultado del informe que el 23 de abril pasado dio la Suprema Corte sobre este crimen; en ese documento se responsabiliza directamente a las más altas autoridades estatales por el asesinato colectivo, pero la respuesta del PRI a lo dicho por el más alto tribunal fue la negativa rotunda a abrir juicio político al gobernador Figueroa. La Procuraduría General de la República, por su parte, simplemente se lavó las manos y dejó el caso en manos de las autoridades locales, todas ellas parte del grupo de Figueroa. A un gran agravio social, la nada como respuesta.

Si las autoridades locales y nacionales se niegan a aprender de los terribles errores del pasado, el resto de los mexicanos no debemos de volver a mostrar la indiferencia que rodeó a la guerra sucia de los sesentas y setentas. Ni Guerrero ni México se merecen una nueva "Guerra en el Paraiso".

